

Resumen

Para el análisis de este tema, debemos hacer las siguientes reflexiones: La globalización ha aprovechado el desarrollo explosivo de dos sectores, considerados las columnas vertebrales de la sociedad moderna: los mercados financieros y los media de comunicación. La economía de mercado permite que la racionalidad económica se haga independiente de las demandas de la sociedad. Los arquitectos de la sociedad global, resultan ser las empresas transnacionales y los gobiernos del primer mundo, y estos intereses no son coincidentes con los de los pueblos afectados, teniendo como resultado paros estructurales y empleos cada vez más precarios y un desmantelamiento del estado de bienestar social. Cuando se gobierna más allá de los pensamientos académicos, se debe actuar con el sentido común de un buen administrador prudente. En lo financiero las principales bolsas están vinculadas entre sí y funcionan en cadena y sin interrupción. La economía financiera se ha liberado de cualquier forma de control social o político. Un país tan nacionalista como México ha asistido resignado a su dependencia directa de Estados Unidos.

Abstrac

For the analysis of this issue we must make the following assumptions: Globalization has taken advantage of the explosive development of two sectors, considered cornerstones of modern society: financial markets and the media. Market economy allows for economic rationality to be independent from the demands of society. Transnationals and first-world governments turn out to be the architects of global society, and their interests differ with those of people affected by this phenomenon, the result are structural stand-offs and even more precarious employment, and a dismemberment of social welfare. When you take government beyond academic thought, you must act with the common sense of a good prudent manager. Financially, all the principal stock exchanges are interrelated and they function as links of a chain. Financial economy has freed itself from any form of social or political control. A country as nationalist as México has observed with resignation its direct dependency to the United States.

GLOBALIZACION



Dr. Jorge Vidales Guerrero*

La globalización es la principal característica del poscapitalismo. Se trata de un proceso por el que las economías nacionales se integran progresivamente en la economía internacional, de modo que su evolución dependerá cada vez más de los mercados internacionales y menos de las políticas económicas de los Gobiernos. Ello ha traído mayores acotamientos de bienestar en muchos lugares, pero también una obligada cesión del poder de los ciudadanos, sin debate previo, sobre sus economías y sus capacidades de decisión, en beneficio de unas fuerzas indefinidas que atienden al mercado global.

En 1989 se producen grandes transformaciones en la parte que corresponde al socialismo real, caracterizado sobre todo por una teórica propiedad pública de los medios de producción.

En 1988 Allan Bloom director del Centro Olin (productos químicos del mismo nombre) quienes se introducen al estudio de la teoría y la práctica de la democracia en la Universidad de Chicago, la cual recibe un subsidio de 36 mdd. de dicha fundación Olin, invitó a un desconocido funcionario del Departamento de Estados Unidos a pronunciar una conferencia por medio de la cual éste proclamó la victoria total de Occidente y de sus valores neoliberales en la Guerra Fría.

Irving Kristol, Profesor de la Escuela de Gestiones de Empresas de la Universidad de Nueva York, invitó a Bloom y a otro intelectual de derecha, Samuel Huntington, director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos de Harvard, y lanzaron el paradigma ¿Quién se atreve a hablar de crisis de la demanda? A principios de los 80's la mitad de la población en el mundo participaba en el comercio

* Maestro y Doctor en Ciencias Administrativas por la SEPI ESCA-IPN en donde es Investigador y Profesor Titular de Tiempo Completo y Presidente de la Academia de Doctorado.

internacional; en la actualidad el 90% de los países forman parte de él.

En la historia más cercana se dan tres movimientos de apertura económica:

1. En los años 60 hay una internacionalización de los intercambios organizados en el seno de la OCDE, es decir, dentro de los países más ricos, en el contexto de un sistema monetario con tipos de cambios fijos.
2. En los años 80 se da un impulso de desaparición de las fronteras económicas, apoyado por las empresas multinacionales y en el que la moneda nacional pierde estatus.
3. Una década posterior se acelera a la unificación del espacio económico mundial, basándose, como veremos, en la volatilidad de los movimientos de capitales y en la impresionante revolución informática, en donde resultan banales los movimientos físicos del dinero.

Observamos que después de Europa central y oriental van a incrustar a esta onda globalizadora a naciones que componen la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), los países emergentes del sureste asiático o América Latina, India y China, se encuentran excluidas áreas pequeñas que todavía practican la ortodoxia del socialismo real (Cuba, Corea del Norte, Vietnam...) y, por otras razones, casi todo el continente africano, el cual se encuentra en vías de desintegración.

Resumiendo, hay tres causas para la globalización:

1. La aceleración de los ritmos de apertura económica y de los intercambios de mercancías y servicios.
2. La liberalización de los mercados de capitales que conforman las plazas financieras y las bolsas de valores de todo el mundo.
3. La revolución de las comunicaciones y de la informática que ha conectado el tiempo real con el espacio.

El profesor Alain Touraine ha distinguido metodológicamente entre mundialización como elemento continuador de las tendencias

aperturistas que se aceleran en la segunda parte del siglo XX, y la globalización como fenómeno de ruptura con el pasado "proceso nefasto por medio del cual los pueblos han cedido el poder sobre sus economías y sus sociedades a fuerzas globales y antidemocráticas, tales como los mercados, las agencias de calificación de deuda...".

Muchos de los estudiosos de la globalización coinciden en que la base tecnológica de ésta radica en un carácter cada vez más inmaterial de la producción, en el desarrollo informático de los medios de comunicación, en la transferencia de conocimientos y de gestión en tiempo real de los flujos financieros, en una estandarización de los mercados como una consecuencia de lo anterior.

Existe una masa creciente de capitales que navegan por el ciberespacio parece dar rendimientos sin que intervengan los otros factores de producción (trabajo, insumos y tierra).

Las transacciones financieras diarias equivalen:

A la producción de bienes y riquezas de un país como Francia.

El monto de las transacciones de los mercados monetarios y financieros representa alrededor de 50 veces el valor de los intercambios comerciales internacionales.

Más de un billón de dólares son cambiados cada día en los mercados de divisas mundiales; mientras tanto, las reservas de divisas de los diez países más solventes del mundo no alcanza los 500.000 millones de dólares, por lo que la intervención de los bancos centrales tiende a ser inoperante.

La globalización ha encontrado su desarrollo explosivo en dos grandes sectores: los mercados financieros y los medios de comunicación.

En el mundo de las finanzas internacionales se intercambian instantáneamente, día y noche, datos de un extremo a otro del mundo. Las principales Bolsas están vinculadas entre sí y funcionan en cadena y sin interrupción.

La economía financiera se ha liberado de cualquier forma de control social o político.



Estados Unidos, Europa y Japón continúan enfrentando sus diferentes modelos de capitalismo e intentando atraer un proceso de integración que se inició hace cuarenta años con la firma del Tratado de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero.

En este mercado global financiero, los principales países captadores y al mismo tiempo destinatarios de fondos son los países ricos, los que integran la OCDE, con una participación superior al 87% de los movimientos. Se encuentra en primer lugar Estados Unidos, como primer prestatario mundial, con cerca de 300 mil mdd. en 1995. Sigue Alemania y Japón, con más de 100 mil mdd. Continúan el Reino Unido, Francia, Italia, Canadá y Australia. El segundo gran grupo lo componen los países en vías de desarrollo en la Europa del Este.

Es así como los estados ya no pueden ejercer su función ejecutiva.

Los tres más grandes fondos de pensiones en Estados Unidos movilizan diez veces más dólares, que las reservas de los siete países más ricos del mundo, quienes están al frente de estos fondos concentran en sus manos un poder financiero impresionante que no tiene ningún ministro de economía ni gobierno de banco central alguno, se puede provocar que las finanzas de estas corporaciones puedan originar la desestabilización de cualquier país.

Tenemos que tomar en consideración que la explosión que estamos presenciando en la tecnología, la informática y las comunicaciones resulte ser una de las tendencias fundamentales.

LA INDUSTRIA DE LA COMUNICACIÓN está ya determinada por la función tecnológica de los medios de las telecomunicaciones y del tratamiento electrónico de datos, los cuales hasta hace muy poco eran independientes entre sí.

A la integración de núcleos duros, surgió el concepto de autopista de la comunicación que, según Al Gore representan hoy "lo que las

infraestructuras del transporte por carretera representaron a mediados del siglo XX".

Esta desregulación que se da en el entorno DE LOS MEDIA supone que "todo el mundo pueda entrar en el negocio de todo el mundo". De la misma forma que se pasó de la GALAXIA GUTENBERG a la GALAXIA MARCONI en el momento de la masificación de los medios audiovisuales y se pretende pasar DE LA ERA AUDIOVISUAL EN LA COMUNICACIÓN DE MASAS a la ERA DE LA INTEGRACIÓN DE LOS SISTEMAS INFORMÁTICOS E INFORMATIVOS.

La nueva utopía es la de un mercado de la información y de la comunicación totalmente integrado gracias a las redes electrónicas y de satélites, sin fronteras, funcionando en tiempo real y de forma permanente.

Todo cabe: radio, televisión convencional, televisión por cable, televisión por satélite, televisión digital, periódicos, semanarios, cine sistemas de distribución, agencias de publicidad y hasta parques de atracciones; sean fabricantes de automóviles, de armas, de aeronáutica o eléctricos. Es la nueva naturaleza del capitalismo.

Con TCI, el mayor operador de cable norteamericano, el mundo quedaría asombrado con lo sucedido durante el mes de agosto de 1995: primero se anunció que la Disney compraba la cadena de televisión ABC; un día después Westinghouse compraba la cadena CBS; y varias jornadas después comenzaban a explorarse las posibilidades de que el imperio Time-Warner adquiriese el imperio Turner (la CNN), formando el grupo de comunicación y de entretenimiento más grande el mundo. Hoy, ese grupo ya es realidad.

Frente a la globalización, las economías nacionales e incluso las grandes empresas clásicas se manifiestan impotentes ante los movimientos de una masa gigantesca de miles de millones de dólares, capaces de desplazarse instantáneamente y hacer caer a las monedas más fuerte y a las economías con unos fundamentos más ortodoxos. Cuando un país es atacado por el virus de la especulación financiera, su Gobierno, en lugar de dedicar el tiempo a la normal administración de sus



ciudadanos, debe destinar todos sus esfuerzos y sus divisas a la defensa de su moneda y, como consecuencia, a evitar la salida de los capitales golondrina que, en cuestión de horas, pueden poner al país en cuestión, en la más absoluta de las precariedades. El caso de México es el más típico de este fenómeno.

Durante los últimos treinta años, el Producto Interno Bruto mundial se ha aumentado seis veces.

Ochocientos millones de personas están en paro en todo el mundo, de los que 35 millones corresponden a los países de la OCDE; entre 1973 y 1998, el salario real de los norteamericanos sin educación superior cayó de 11,85 dólares por hora a 8,64 dólares. A comienzos de los años 70 las familias estadounidenses que figuraban con el 5% mínimo; hoy ganan casi 15 veces más. Tendencias semejantes son visibles en otros lugares. Estamos en un mundo en el que la quinta parte más rica de la población dispone de un 80% de los recursos, mientras que la quinta parte más pobre recibe apenas el 5%.

La Welfare Reform Act, que suponía la marcha atrás después de 41 años de un sistema de protección creado por Franklin Delano Roosevelt con la New Deal. Clinton se olvidaba de las tradiciones demócratas y recogía la esencia del programa republicano: la era del Estado protector ha terminado: en el futuro, el Estado no podrá ser la respuesta para los problemas de los ciudadanos.

Como consecuencia de ello aumenta la distancia entre lo que dicen las élites y lo que piensa la gente de la calle, que se desconecta de la esfera pública y se aísla en su vida privada.

"Hay que crear confianza entre los asalariados y organizar la cooperación entre las empresas a fin de que las colectividades locales, las ciudades y las regiones se beneficien de la mundialización. Si no, asistiremos al resurgimiento de movimientos sociales como los que nunca hemos visto desde la segunda guerra mundial" (Rosabeth Moss Kanter, antigua directora de la Harvard Business Review).

Capitalismo europeo vs. capitalismo americano

En el último septenio el mundo ha cambiado de faz. Ya no hay guerra fría y aquel fantasma que recorrió Europa —el comunismo— ha sido sepultado entre la barbarie y su propia ineficacia. No existen sistemas económicos alternativos, como antes, caracterizados cada uno de ellos por la propiedad —privada o pública— de los medios de producción. La tensión se ha trasladado al interior del único sistema que pugna: el de la economía de mercado.

Pero ello no significa que el planeta camine unidireccionalmente, ni que hayan desaparecido las contradicciones, las ideas, los intereses ni las presiones. Lo que sucede es que ahora se manifiestan dentro de otras reglas del juego y con otros escenarios. Economistas como el francés Michel Albert o el norteamericano Lester Thurow han coincidido en la diagnosis: hay un nuevo combate ideológico que va a oponer no ya el comunismo al capitalismo, sino que va a confrontar dos formas de capitalismo. "Será una guerra subterránea, violenta, implacable", escribe el primero, "pero amortiguada e incluso hipócrita, como lo son, en una iglesia, todas las guerras entre bastidores. Una guerra entre hermanos enemigos, armados de dos modelos surgidos del mismo sistema, portadores de dos lógicas antagónicas del capitalismo, en el seno de un mismo liberalismo. Y quizá de dos sistemas de valores opuestos sobre el lugar del hombre en la empresa, el lugar del mercado en la sociedad y el papel del orden legal en la economía internacional." Cuando Estados Unidos se enfrenta a la Unión Europea por el proteccionismo agrícola o cultural, en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC); y cuando Bill Clinton amenaza a Japón con nuevos aranceles si no deja a la empresa Motorola expandirse con libertad en la isla del Pacífico, o declara que los intereses estratégicos norteamericanos tienen un lugar preferente en Asia en detrimento de los antiguos socios, se está manifestando esta batalla moderna.

Los países vencidos en la segunda guerra mundial —Alemania y Japón— se han convertido en dos gigantes económicos. En 1945 había dos superpotencias militares —Estados Unidos y la



Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas- y una sola superpotencia económica, Estados Unidos, que estaba sola como tal. Desde hace pocos años hay una superpotencia militar, Estados Unidos, que se encuentra sola, y tres superpotencias económicas: Estados Unidos, Japón y la Unión Europea (liderada por Alemania), que luchan por lograr la supremacía. Las disputan han pasado, del terreno militar al económico. Es decir, hay un mundo tripolar que pelea a escala planetaria; en lo económico se da un desprecio olímpico a las fronteras y a la forma de Estado/nación, que persiste en lo político, lo que genera otras disfunciones. Se ha acabado con el concepto de soberanía económica

En la primera etapa, de más de un siglo, el capitalismo se definió contra el Estado (monárquico), que retrocede ante las fuerzas del mercado y que se encarga, sobre todo, de velar por el orden público contra las "clases peligrosas": el nuevo proletariado industrial, que definen Marx y Engels en el Manifiesto comunista (1848).

La segunda fase, que dura hasta los años 70 de nuestro siglo, es la del capitalismo acotado por el Estado; se tratan de corregir los excesos del mercado y de atemperar la violencia del capitalismo; éste evoluciona a empujones con un aumento del poder estatal, bajo la presión de su adversario, el comunismo.

La tercera etapa dura desde principios de los años 80 hasta ahora y la tendencia se ha invertido como consecuencia de la caída del muro de Berlín y el empuje de la revolución conservadora. El Estado es un parásito, un peso muerto que hay que limitar en lo posible. Pero no se trata solamente de otro giro, sino de una nueva ideología del capitalismo para la que el mercado es un mito.

Los dos modelos de capitalismo que pelean para ser hegemónicos reciben diversos nombres, pero pueden ser reducidos a dos conceptos: capitalismo anglosajón versus capitalismo europeo, aunque sea un poco reduccionista asimilar sus contenidos a criterios meramente geográficos.

El capitalismo anglosajón se aplica fundamentalmente en Estados Unidos y está basado en el éxito individual, el beneficio a corto plazo. En él, la empresa es una mercancía de la que el propietario dispone libremente y cuya función precisa es generar beneficios; esta necesidad de dividendos y plusvalías permanentes hace que los accionistas sean capaces de traicionar a su empresa y vender las acciones. Traicionar es, según la terminología de Michel Albert, sinónimo de "racionalizar beneficios", pero acaba con el capitalismo estable, con la empresa como comunidad de intereses ligada por una *affectio societatis* que reúne a los accionistas, empleados y dirección; la empresa se queda sólo como una máquina de generar cash-flow. El capitalismo anglosajón está centrado en el predominio del accionista y para obtener la máxima competitividad de una empresa es necesario forzar la competitividad individual de cada uno de los empleados; por tanto, es preciso, siempre y sin excepciones, reclutar a los mejores y, para evitar perderlos, pagarles en todo momento su valor en el mercado: el salario es esencialmente individual y precario, como el empleo mismo.

El modelo anglosajón, según Thurow, exalta la economía de los consumidores, al empresario brillante, la responsabilidad individual por las cualidades personales, las grandes diferencias de salarios, la facilidad para despedir y para retirarse de la empresa, las fusiones y las adquisiciones hostiles. Como hay que maximizar las ganancias a corto plazo, donde sea posible hay que rebajar los salarios y, cuando no son necesarios, despedir empleados. En sentido contrario, los empleados tienen que cambiar de empresario en cuanto se les presenta la oportunidad de ganar salarios más elevados; nada deben a su empleador.

El capitalismo europeo o renano tiene su base en parte de Europa -Alemania, Suiza, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Suecia, Finlandia, Dinamarca- e incluso en Japón. Valora el éxito colectivo, el consenso y la preocupación por el largo plazo.

Para esta forma de entender las cosas la empresa es una comunidad compleja en la que los poderes del accionista, del propietario, están equilibrados con los de la dirección profesional, admitida la



misma de modo consensuado con el personal; las funciones de esa empresa no sólo son las de conseguir la máxima plusvalía, sino la de adquirir cuotas de mercado para el futuro y crear empleos, es decir, ayudar a la competitividad nacional. Se tiene al capitalismo europeo por más justo y equilibrado; (el capitalismo financiero) por lo que su modelo es el largo plazo y no tienen accionistas decisivos que exijan resultados cada tres meses. Además la estabilidad de los principales accionistas es un factor de seguridad y de tranquilidad para los administradores; los directivos no viven con la espada de Damocles de una amenaza permanente, suspendida sobre sus cabezas.

En el capitalismo europeo se produce una cierta co-gestión (no entendida en el sentido más estricto del término) entre trabajadores y empresarios; por ejemplo, para no subir los salarios y crear empleos en tiempos de crisis con el dinero ahorrado por la congelación de sueldos. La empresa no tiene costumbre de tratar a los trabajadores como un simple factor de la producción, que se compra y vende en el mercado como si fuera materia prima; tiene, al contrario, un cierto deber de seguridad, de fidelidad, de formación profesional, que cuesta caro.

Más que pagar a cada uno por su valor instantáneo en el mercado; la empresa debe ocuparse de su formación permanente, de limitar las excesivas diferencias salariales, de evitar rivalidades destructivas. La movilidad interempresarial es, lógicamente, muy inferior que en Estados Unidos; los trabajadores también asumen una fidelidad respecto a su empresa: el cambio de sociedad es un fenómeno mucho menos difundido y la rotación de empleo, un factor negativo. Para todo ello es básica la presencia de sindicatos vertebrados, fuertes y comprometidos.

Akio Morita, hasta hace poco presidente director general de Sony, describe gráficamente, en pocas palabras, estas diferencias entre los dos capitalisms, convencido de la bondad de su estrategia: "Los norteamericanos ganan dinero con las adquisiciones y fusiones, pero ya no saben producir nuevos objetos. Mientras nosotros planificamos para diez años, ellos no se interesan

más que por los beneficios a obtener en los próximos diez minutos. A este ritmo la economía de Estados Unidos se habrá convertido pronto en una economía fantasma." Si esta opinión fuese compartida de modo general por los dirigentes políticos y económicos japoneses se explicaría la resistencia de Japón a abrir sus mercados a la competencia estadounidense; cuanto más tiempo ganen, las posiciones serán más irreversibles en su favor y, por tanto, su modelo, más hegemónico.

Pero las diferencias entre anglosajones y europeos no son sólo las descritas. Ambos modelos también se diferencian por el papel que conceden al Estado en la economía y por los niveles de protección social que proporcionan a sus ciudadanos. En el primer capitalismo, el Estado no tiene ninguna función en la financiación de la inversión ni en la inversión misma, y sólo ejercita un papel legítimo en la investigación, la defensa, la justicia y otras más; los gobiernos deben proteger los derechos de la propiedad privada y luego apartarse, dejar libre el camino y permitir que los individuos y las sociedades representen su papel. El capitalismo europeo concede una relevancia al Estado en el crecimiento económico.

En cuanto a los programas de bienestar social, según los ideólogos anglosajones son necesidades lamentables porque los ciudadanos no atienden su propio futuro (ancianidad, desocupación, enfermedad). Estos programas son permanentes recordatorios de que los impuestos son altos para pagar los beneficios del bienestar social que, a su vez, limitan los incentivos de trabajo de quienes los reciben y reducen los incentivos salariales de quienes pagan los gravámenes obligatorios.

Los europeos consideran que los programas de bienestar social forman parte central de la economía de mercado; el capitalismo descontrolado origina niveles de desigualdad en los ingresos, que son inaceptables y que ponen en peligro el futuro del propio sistema. Las sociedades desarrolladas aceptan mal los fenómenos de extrema riqueza y extrema pobreza. El gobierno representa un papel significativo al garantizar que todos poseen las cualidades necesarias para participar en el mercado.



En esencia, el capitalismo europeo es considerado una especie de socialdemocracia, mientras que el anglosajón representa al liberalismo más ortodoxo. Los defensores del primero afirman que se trata del capitalismo con rostro humano, mientras que los del segundo reivindican su mayor eficacia. Comprobada durante mucho tiempo la superioridad económica y social del modelo europeo y japonés, lo normal hubiera sido verlo triunfar políticamente; pero ello no ha sucedido, sino que el capitalismo anglosajón ha devenido en hegemónico, es más seductor, y los países que aspiran a incorporarse a las corrientes centrales del sistema (latinoamericanos como Chile, Argentina o México, o las naciones del antiguo Este europeo) eligen el modelo estadounidense antes que el europeo.

Esta contradicción tiene que ver con las corrientes profundas de pensamiento político: el conservadurismo ha barrido, en la década de los 80, conceptos como los de igualdad, plan, solidaridad, sindicalismo, etcétera, y hay quienes plantean la irremediabilidad del "final del siglo de la socialdemocracia. El pleno empleo ha dejado su lugar a la estabilidad de precios, al control del déficit público y a la flexibilidad laboral.

Pero también hay que plantearse la premisa principal: ¿Se puede seguir manteniendo que un sistema como el capitalismo europeo es superior si, pese a sus niveles de protección, no es capaz de generar empleo suficiente, o el modelo alternativo crea más puestos de trabajo, aunque sean marginales, parciales, extremadamente volátiles o móviles y mal pagados? El hecho de suscitar esta pregunta significa que estamos en un momento de retroceso histórico: que el capitalismo ya no tiene un adversario de talla que le haga corregirse es una evidencia y se ha vuelto peligroso para los más débiles; que el modelo anglosajón —que se distingue y se opone al europeo de forma radical, que es más injusto, más violento y al menos hasta hace poco menos eficaz— gane terreno, hace saltar los mecanismos de seguridad y de urgencia.

La contienda entre los dos modos de economía de mercado está expuesta en estos términos: empleo

y bienestar social. Y el campo de batalla es, en primera instancia, la Unión europea.

Mientras duraron los efectos benéficos del último boom económico se enmascaró la realidad pura y dura: está disminuyendo el empleo en el Primer Mundo; las nuevas tecnologías son, progresivamente, intensivas en capital y expulsan mano de obra. Hasta hace poco, el orgullo de cualquier empresario era crear puestos de trabajo; hoy, ser competitivo es sinónimo de mucha tecnología y poco empleo.

Pero hay otra lectura más desagregada que ha comenzado a extenderse: Europa camina hacia los 20 millones de desocupados y disminuye de forma acelerada su población activa; mientras que en Estados Unidos trabaja casi el 70 % de quien está en edad de trabajar, en el viejo continente este porcentaje disminuye en casi diez puntos. El resultado es que un porcentaje cada vez menor de la población activa tiene que financiar las prestaciones de un número progresivamente mayor de jubilados y desempleados, lo que pronostica un fin de siglo explosivo. Casi todos los gobiernos europeos han comenzado a estudiar medidas opuestas a lo que siempre se calificó como progreso: aumento de la edad de jubilación, recorte de las pensiones y de los gastos sanitarios, y reducción del seguro de desempleo.

La deuda externa

Detengámonos un momento en la crisis de la deuda externa como ejemplo representativo de los distintos modos de actuación del Norte y del Sur.

La crisis de la deuda externa comenzó simbólicamente en el verano de 1982, cuando México anunció la suspensión de pagos: no podía seguir amortizando los intereses de sus créditos exteriores. México se anticipó —y se amparó en su fortaleza— al nudo gordiano de otros muchos países de Tercer Mundo; primero, falta de liquidez; y luego, falta de solvencia, motivadas, sobre todo, por un cambio drástico en el ciclo de la economía mundial:

Un volumen total de endeudamiento de los países en vías de desarrollo mucho más grande de lo



previsto, originado en parte por las propias necesidades y por la política laxa y sin garantías de los grandes bancos occidentales con enormes excedentes de dinero fresco (al haber colocado en ellos los países exportadores de petróleo los beneficios del aumento de los precios del crudo).

Una elevada concentración de riesgos de algunos de esos bancos –los más grandes– en muy pocos países: sólo cuatro entidades financieras poseían más de un tercio de toda la deuda del Tercer Mundo, lo que representaba el 200% de su capital.

Una estructura desequilibrada de los créditos, a favor de corto plazo, que vencían en el mismo momento.

Una coyuntura desfavorable, con recesión, elevados tipos de interés y alza continuada del dólar, moneda que concentraba casi el 100% de la deuda.

La crisis de la deuda externa duró aproximadamente siete años, lo que no significa que le problema se haya arreglado. En 1989 comienza a articularse por la puerta de atrás, tras muchos estiras y aflojas, una forma consensuada de "no pago de la deuda". Entonces, la comunidad bancaria internacional ya había obtenido el plazo para amortizar sus créditos fallidos (no cobrados), o de diluir sus riesgos en los mercados secundarios de deuda o trasladándolos al sector público. En ese período no se constituyó ningún sindicato de deudores, sino que cada país, caso por caso, tuvo que pasar por la ventanilla de los acreedores, con la cabeza baja, para arreglar sus dificultades. En cambio, sí se formó un sindicato de acreedores, encabezado por el FMI y el Banco Mundial, que actuó como grupo de presión para cobrar.

El resultado ha sido contradictorio: mientras los acreedores han diluido sus problemas, los deudores vieron aumentar su endeudamiento en términos absolutos (nuevos créditos para devolver los antiguos préstamos) y, por consiguiente, reducir su nivel de crecimiento y de bienestar, azuzados además por las políticas de ajuste impuestas por el FMI, como condición previa para lograr dinero fresco.

El efecto de este deterioro progresivo del Sur, acompañado de los cambios económicos producidos en el Norte, siempre en orden a lograr mayor eficiencia de sus aparatos productivos, es la pérdida creciente de la identidad política del primero; sigue habiendo interdependencia, pero ésta cada vez es más selectiva y más subsidiaria para un Norte escéptico ante el drama de la pobreza y el hambre.

Nuevamente se explicita que la desaparición de la dinámica de bloques implica el traslado del centro de interés mundial a los países del Norte, sea del Oeste o del Este. El Norte sólo parece necesitar la ayuda del Sur para algunos asuntos puntuales como son los puestos de trabajo del proletariado que ningún ciudadano del Norte, aunque esté en paro laboral, quiere cubrir, o la lucha contra la droga, o la protección del medio ambiente. O para detener la enorme ola de emigraciones que siempre está a punto de producirse, si no se limita la miseria colectiva de la zona mayoritaria del planeta. No hay fronteras naturales y artificiales contra el hambre, sin incontrolados movimiento poblacionales, imposibles de detener inclusive con las formidables medidas de orden público de la fortaleza Norte.

América Latina

En su seno evolucionan sociedades tan diferentes que es prácticamente imposible analizarlas conjuntamente. ¿Qué tiene que ver lo que sucede en Argentina con Nicaragua? ¿Y los problemas de Haití con los de Chile? A pesar de ello, la metodología tradicional y ciertos rasgos comunes (la historia y la lengua) explican una realidad latinoamericana.

La década de los años 80 ha sido calificada de "década perdida" porque en ella se mezclaron la ineficiencia económica, dictaduras y desigualdades sociales que lo llevaron a caminar hacia atrás. En 1989, por ejemplo, los ingresos por habitante tenían el mismo nivel que en 1978, once años antes. Hay una combinación de circunstancias que explican



esta regresión, la peor desde la década de los 30, en la que la región sufrió los efectos del crack de 1929, que se desparramaron del centro a la periferia; tres son las más significativas: la gigantesca deuda externa, la hiperinflación y la distribución desigual de la renta y la riqueza.

A mitad de la década de los 80 la región debía casi 400.000 millones de dólares, casi la mitad de la deuda de todo el Tercer Mundo. El 50%, aproximadamente, de los créditos pendientes eran adeudados por los dos gigantes regionales: México y Brasil. México, como hemos visto, marcó la estrategia y suspendió pagos en el verano de 1982, iniciando un círculo infernal para las economías de los países afectados: para pagar los intereses de los créditos vencidos eran necesarios nuevos préstamos que a su vez generaban más interés, y que sólo se obtenían bajo la mirada vigilante del FMI y del Banco Mundial. Si estas dos instituciones no daban el visto bueno –y ello significaba la puesta en práctica de medidas de austeridad impopulares y muy dolorosas para los desprotegidos- no llegaba dinero fresco con el que hacer frente a las obligaciones y seguir engrasando la bicicleta financiera, a riesgo de que ésta se parase y un país fuera considerado insolvente, con lo que automáticamente se detenían todos los flujos que debían llegar a él.

América Latina se convirtió en zona exportadora neta de capitales: hubo una transferencia masiva de ingresos nacionales hacia el mundo industrializado, en una especie de paradoja histórica: los deudores financiaban a los acreedores.

La segunda circunstancia regresiva fue la hiperinflación. Hubo países y años en los que el aumento de precios superó el 1.000%. En Bolivia se llegó a porcentajes del 40.000%. De modo que los economistas acuñaron el término de inflación latinoamericana para hablar de alzas generalizadas, duraderas y sostenidas de precios por encima de los tres dígitos: la hiperinflación.

El tercer factor es la amplísima desigualdad en la distribución de la renta. Son frecuentes los fenómenos de extrema pobreza y de extrema

riqueza, y la ausencia de clases medias en muchos países de América Latina.

Hasta la fecha las políticas de globalización han resultado un desafío al que los intelectuales no han sabido responder con claridad y poder determinar las dimensiones del cambio que está produciéndose no sólo en las estructuras sociales y económicas sino en la naturaleza misma de los regímenes, y en otros términos los problemas del estado y de la democracia como resulta evidente el caso de América Latina.

El neoliberalismo es una doctrina que ha sustentado una verdadera guerra económica, contra la mayoría de la población que son los asalariados.

La forma en que se han impuesto estas políticas resulta también la clave de la explicación del proceso. Las instituciones políticas en el continente latinoamericano se encuentran en una crisis de legitimidad después de varios años de experiencia neoliberal, pues resulta que aunque la mayor de los países del Caribe y de Centro y Sudamérica tienen en apariencia regímenes legales y democráticos, y éstos de hecho no responden a los intereses de las mayorías sino de los grupos oligárquicos: tanto los que adoptaron el sistema presidencial como los que siguieron el modelo parlamentario, lo mismo los de la vieja tradición republicana que los que se establecieron tras la caída de los regímenes militares en la década de los 60's (Brasil, Uruguay, Argentina, Chile), o en nuestro México donde se ha dado durante 67 años un sistema "de partido de estado". Existe una crisis que es evidente, lo mismo de las instancias del poder público que de los mecanismos institucionales, y que va de los órganos de control de la constitucionalidad de las leyes (y de los actos de los gobernantes y de los tribunales) a las diversas formas de centralización y de equilibrio del poder, pasa por las instancias intermedias (los partidos políticos y los sindicatos) y toca seriamente las instituciones sociales (los derechos sindicales, la jornada máxima de trabajo, el salario mínimo, el derecho de huelga y, desde luego, los mecanismos de participación democrática.

Las elecciones constitucionales de los últimos años en América Latina no han sido más que formalmente, triunfos de la democracia política. Los procesos electorales han mostrado que existe un desfase entre lo que son los regímenes latinoamericanos y la versión que de éstos dan los centros de poder financiero internacional, el gobierno de Washington y la OEA.

La economía mexicana ha sido siempre una economía mixta, habiéndose inclinado algunas veces hacia la economía de mercado, algunas otras hacia la economía centralmente planificada, pero nunca la una o la otra siempre mixta y en economía la tercera vía es economía mixta, razón por la cual en México no es nueva, pero veamos cual ha sido el resultado:

De 1954 a 1970 el resultado fue de crecimiento elevado y sostenido sin inflación.

Cuando se ha inclinado más hacia la economía centralmente planificada (de 1971 a 1994) el resultado ha sido la inflación o la falta de crecimiento o ambas.

De 1971 a 1982 el resultado consistió en la docena trágica, de 1983 a 1988, estancamiento con inflación para desembocar en 1995, después de la ilusión salinista en estancamiento e inflación de nuevo.

Si observamos el primer trimestre de 1995 con una devaluación del 100%, se dio un crecimiento negativo (menos 6.2%) y una inflación de 51.9% y fue el resultado de una manipulación del gobierno sobre el tipo de cambio, lo cual no resulta propio de una economía de mercado (que resulta ser la dimensión económica del liberalismo) sino de una economía planificada centralmente (que resulta ser la dimensión económica del comunismo) para México, desde luego no resulta nada nuevo la tercera vía.

El superendeudamiento y la hiperinflación fueron combatidos por las recetas de austeridad, auspiciadas por el FMI y el Banco Mundial. Sin embargo, estos ajustes no solamente no corrigieron la distribución regresiva de la riqueza, sino que, por su propia naturaleza la estimularon, un plan de austeridad –o de estabilización- no es otra cosa que

un mecanismo administrativo, situado al margen del mercado, para recomponer las tasas de beneficio empresarial, entenderlo, como algunos economista académicos hacen, como un instrumento para distribuir justamente los costos de la crisis, no deja de ser un eufemismo. La austeridad es tan sólo la necesidad que tiene el capital de aumentar su remuneración, con el objetivo de aumentar la inversión y que ésta genere riqueza y puesto de trabajo. Si aumenta esta remuneración en una coyuntura de estancamiento o de recesión, automáticamente disminuye la proporción de las rentas del trabajo en el reparto de la renta nacional, en una operación que en el mejor de los casos es de "suma cero". Esta distribución regresiva es justificada como la necesidad de un plazo para dar la vuelta a la situación. "Como en la guerra, los objetivos fundamentales no son los primeros que se alcanzan", afirman los técnicos del Fondo Monetario Internacional.

Como todo el Tercer Mundo, América Latina está buscando su nuevo lugar en el planeta. En junio de 1990, el presidente estadounidense George Bush lanzó la Iniciativa para la Américas; la propuesta consistía, en esencia, en extender la zona de libre comercio del Atlántico Norte a América Latina. Además de México y Canadá –con su adhesión al Tratado de Libre Comercio-, países como Chile y Argentina tienden a adoptar la solución Norte-Sur, sin olvidar el desarrollo interregional, del que Mercosur es el ejemplo más representativo. Mercosur (Mercado Común de Sur) es un acuerdo firmado a principio de la década de los 90 por Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay para alcanzar un mercado común con desarme arancelario frente a terceros países.

El poscapitalismo: México

En diciembre de 1994, un país considerado el paradigma de la apertura y que avanzaba con rapidez hacia la ortodoxia económica, entraba en una crisis de profundidad insospechada. Desde que en el año 1993 firmara el Tratado de Libre Comercio junto con Estados Unidos y Canadá, México veía reaparecer la guerrilla en Chiapas, el asesinato de líderes políticos, las revelaciones de corrupción masiva en las altas esferas de poder y,



sobre todo, el colapso de su economía emergente. Apenas doce años antes, en 1982, otro descalabro mexicano desencadenó la crisis de la deuda externa latinoamericana, que condenó a la región a la década perdida. Entonces, como ahora, México ha marcado el destino de una gran zona del mundo. Ninguna crisis como la mexicana puede servir de ejemplo del funcionamiento de la economía del poscapitalismo en los inicios de próximo milenio.

El principal ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, Michel Camdessus, describió la situación de México como "la primera crisis de un mundo nuevo con mercados financieros globalizados" y al efecto tequila como la primera crisis económica de siglo XXI".

A partir del 20 de diciembre de 1994, fecha en la que el peso mexicano inició su devaluación, las pocas reglas con las que el capitalismo contemporáneo se había dotado dejaron de existir y se inició un "¡sálvese el que pueda!". Esta situación de anarquía financiera, en la que los fundamentos económicos de un país (la disposición de sus equilibrios básicos –crecimiento, inflación, déficit, consumo, inversión, desempleo) no son lo más importante para saber cómo le va a su moneda; en la que predomina una suerte de metafísica económica que absolutiza a los mercados como panacea de todos los problemas, es, entre otras cosas, a lo que se puede denominar como poscapitalismo.

A finales de 1994, de repente, en cuestión de días, el milagro económico mexicano se vino abajo. Con el nuevo sexenio político, y tras la sustitución de Carlos Salinas de Gortari por Ernesto Zedillo en la Presidencia. El peso mexicano se devaluó un 60% y arrastró, con sus sospechas de fragilidad, al resto de las economías emergentes de la zona. El mismo país que tres meses antes era insignia de la modernización en América Latina quedó marcado por la incertidumbre y la falta de liderazgo; la nación que orgullosa proponía a su dirigente más felicitado (Salinas de Gortari) para presidir la Organización Mundial del Comercio (no lo logró).

El Secretario del Tesoro norteamericano, Robert Rubin, escribió un artículo para dejar las cosas claras: "...el presidente Clinton actuó para evitar

una crisis. Sólo hubo un criterio para actuar y fue la protección de los intereses de Estados Unidos: proteger los puestos de trabajo, el nivel de vida, la seguridad nacional y evitar posibles aumentos de la inmigración ilegal. Estos peligros para nuestros intereses iban más allá de México y podían tener repercusiones en el mundo en vías de desarrollo, donde Estados Unidos tiene mercados importante e intereses de seguridad nacional..., hemos dejado claro que estábamos dispuestos a ayudar a México, pero sólo si existían garantías de que nos devolverían el dinero, de que habría transparencia y vigilancia. Tenemos un medio de devolución garantizado gracias al petróleo. Pemex –la compañía de petróleos estatal- ha dado instrucciones a sus clientes extranjeros para que efectúen los pagos pro las exportaciones de petróleo y productos derivados y petroquímicos a través del Banco de la Reserva Federal en Nueva York, y esas cantidades revertirán a Estados Unidos en caso de impago por parte de México. La situación mexicana es una realidad. Además – aunque a algunos les gustaría que desapareciera por el mero hecho de desearlo- compartimos una frontera de 3.200 kilómetros, y la vida de nuestros ciudadanos y nuestras economías están totalmente vinculadas."

México se ha convertido tras el fin de la guerra fría en el país que afecta más directa y cotidianamente los intereses nacionales de Estados Unidos. Tras la firma del Tratado de Libre Comercio, México es uno de los tres principales socios comerciales de Estados Unidos, comprando más productos de ese país que Alemania, Francia, Italia, China y Rusia juntas. México es también el país por donde entra más del 70% de la cocaína a Estados Unidos y su mayor fuente de inmigrantes ilegales. En las próximas dos décadas, México se convertirá en un tema clave de la política interna latinoamericana; según todas las proyecciones, los 18 millones de mexicano-americanos que viven en Norteamérica superarán en número a los negros para convertirse en la primer minoría racial del país.

También podemos citar que dentro del programa de las Naciones Unidas para el desarrollo, donde se elaboró una carta social mundial la que se trató en la última cumbre mundial sobre desarrollo social



que se realizó en Copenhague en marzo de 1995 y que decía "los pueblos del tercer mundo", dice la propuesta "nos comprometemos a crear una nueva sociedad civil mundial basada en los principios de igualdad de oportunidades, imperio de la ley, gobierno democrático y nueva cooperación entre todos los países y todos los pueblos..."

La globalización de los intercambios de bienes y servicios, es buena para la humanidad, en el entendimiento de que se ha ampliado la llegada de flujos de riqueza a lugares donde jamás hubiesen arribado con barreras arancelarias y fronteras. Esta resulta una parte del consenso, pero la otra era, que quienes se quedasen al margen de la misma, serian protegidos por sus beneficiarios, y esto no ha resultado así; pues cuando los perdedores de los mercados globales apelan al proteccionismo de los estados, éstos están en retirada y no existen instrumentos alternativos de ayuda y con esto se ha roto el pacto, reflejándose en los dos más aparatosos aspectos de la globalización:

1. Los factores de desigualdad
2. La crisis de desempleo

Podríamos pensar que de lo que se destaca como disposiciones de esta carta, ninguna garantizará jamás la seguridad mundial, a menos que las personas tengan seguridad en sus hogares, en sus empleos, en sus comunidades y en su medio ambiente.

Un país tan nacionalista como México ha asistido resignado a la constatación pública de su dependencia directa de Estados Unidos.

La tercera vía

La globalización de la economía es la tercera revolución existencial que vive la humanidad.

Primero fue la revolución agraria, la cual sembró al hombre a la tierra.

La revolución industrial lo concentró en las ciudades.

La revolución informática rompe las barreras que le imponen el espacio y el tiempo.

Actualmente los arquitectos de la sociedad global son las empresas transnacionales y los gobiernos del primer mundo, cuyos intereses no coinciden para nada con los pueblos afectados.

En el mundo real democracia, mercados y derechos humanos están bajo un serio ataque en diversas partes del mundo, incluyendo a las democracias industriales en un mundo real Estado Unidos no ha apoyado mercados libres, partiendo desde su historia más temprana hasta los años de Reagan en que establecieron nuevos "standard" de proteccionismo e intervención estatal en la economía contraria a las ilusiones esperadas.

Dice el historiador Económico Paul Bairoch recalcando "La escuela moderna de pensamiento proteccionista... nació en efecto en Estados Unidos", que fue de hecho el iniciador del proteccionismo moderno. Igualmente, seguía también un curso semejante de proteccionismo antes que los Estados Unidos. Gran Bretaña practicaba el libre comercio el cual después de 150 años de proteccionismo en donde había obtenido enormes ventajas que "condiciones competitivas iguales". Pero si vemos las cosas con objetividad el primer y tercer mundo de hoy fueron mucho más similares durante el siglo XVIII, y una de las razones de las enormes diferencias de ese entonces es que los que dominaban nunca aceptarían la disciplina del mercado que pudieran imponer a la fuerza todos sus dependientes.

Podríamos destacar tomando en cuenta el punto de vista del intelectual Robert Kurz quien ha planteado con audacia la necesidad de crear una "tercera fuerza o una tercera vía" como muchos otros la definen, más allá de lo que conceptualiza, como las dos vertientes de la modernidad: el capitalismo y el socialismo real existente".

Josin en Francia, Blair en Inglaterra, Schröder en Alemania y D'Alema en Italia, son todos ellos representantes de la tercera vía, por medio de la cual pretenden eliminar del socialismo los afanes colectivistas, y del capitalismo los individualistas para terminar con los excesos y defensas de uno y otro, y alcanzar el término medio, el cual si fracasa



implica falta de crecimiento, desempleo y subdesempleo, e inestabilidad de precios. Cómo ha funcionado la tercera vía en México:

Por último podemos citar que dentro del programa de las Naciones Unidas para el desarrollo se elaboró una carta mundial global, la cual se presentó en la última cumbre mundial sobre desarrollo social que se efectuó en Copenhague en marzo de 1995, decía "Los pueblos del tercer mundo nos comprometemos a crear una nueva sociedad civil mundial basada en los principios de igualdad de oportunidades, imperios de la ley, gobierno democrático y nueva cooperación entre todos los países y todos los pueblos"...

Ustedes qué opinan señores... ¿qué futuro nos espera?, analicémoslo.



BIBLIOGRAFÍA

Branat, Willy "El norte, el sur",
Crónica de una urgencia, Orión 93, 1992.

Drucker, Peter "La Sociedad Poscapitalista",
Madrid, 1993.

Marsh, David "El Bundesbank" El banco que
gobierna Europa,
Celeste Editorial, Colegio de Economistas de
Madrid, 1994.

Marx Karl, "El Capital"
Fondo de Cultura Económica, México 1968.

Thurow, Lester "El Capitalismo del siglo XXI",
Javier Vergara Edition, Buenos Aires 1992.

OTRAS

Coloquio celebrado en el Auditoria Armando
Cuspínera, Noviembre 13 de 1998,
donde participó el Dr. Jorge Vidales Guerrero.

